

CAMBIO EN EL KREMLIN

La caída de los viejos stanilistas Molotov y Kaganovich, que arrastraron en su fulminante estela a Malenkov, el designado por Stalin a sucederle en el poder, y a Chepilov, único dictador de las letras y las artes en la U. R. S. S., después de haber trazado la nueva política rusa en el Medio Oriente y de hacer pasar a Nasser al campo del comunismo, es un acontecimiento de tal importancia que sólo puede ser comparado con el de la muerte de Stalin o con el golpe revolucionario que transformó a Krushev, durante el XX Congreso del PCUS, en el asesino espiritual de Stalin y de su política. Con la misma soltura y despreocupación con la que desencadenó, el año pasado, la ola antiestalinista, que tanta repercusión había de tener dentro y fuera del imperio soviético, Krushev declaró, después de la caída de la vieja guardia, que los campesinos podrán disponer libremente, desde el año próximo en adelante, del producto de su media hectárea de tierra, es decir, del pedazo de terreno que cada uno podía cultivar fuera del *koljoz*. Esta medida, que aproxima de repente el comunismo colectivista al sistema liberal capitalista, y que otorga al campesino ruso el derecho a vender el producto de su propiedad en el mercado libre, constituye la verdadera sensación del cambio registrado a mediados de junio y dado a conocer oficialmente a principios de julio, según la técnica acostumbrada del Kremlin. Igual que la muerte de Stalin y que el discurso revolucionario de Krushev, el anuncio de lo acontecido detrás de las pesadas murallas zaristas no fué hecho público sino con varios días de retraso.

Lo que estudiaremos en esta crónica es lo siguiente: en primer término la manera en que sucedió la caída de la vieja guardia staliniana y su inmediato significado político, y, en segundo lugar, el sentido profundamente antimarxista del favor concedido por Krushev a los campesinos rusos y sus posibles consecuencias económicas y políticas.

Molotov y Malenkov pidieron una reunión del Presidium del Comité Cen-

tral del partido comunista ruso para el día 17 y 18 de junio, con el fin de discutir acerca de los discursos que se iban a pronunciar con ocasión del 250 aniversario de la fundación de Leningrado. Según la versión que publicó en Roma el corresponsal del periódico comunista *L'Unitá*, la reunión fué en efecto celebrada y empezó con unas violentas filípicas de Molotov, Malenkov, Kaganovich y Chepilov en contra de la política de Krushev, a la que tacharon de «trotzkista y oportunista». Los cuatro, que habían convocado la reunión no para discutir acerca del aniversario de Leningrado, sino para derrocar a Krushev, pidieron en seguida cambios importantes en el *Secretariado* del partido y difundieron entre los presentes una lista del nuevo Gobierno, una lista que los cuatro habían preparado de antemano. Tres miembros del Presidium estaban ausentes, de manera que los cuatro disponían de la mayoría y pidieron que Chepilov fuese encargado de redactar un comunicado para la prensa y la radio en el que se diese cuenta de lo ocurrido. Los pocos partidarios de Krushev presentes en la reunión pidieron entonces que tales medidas fuesen comunicadas al plenum del Comité central del Partido, ya que eran de tanta importancia. Los cuatro sostuvieron el punto de vista de que sólo los presentes en aquella reunión del Presidium eran calificados para tomarlas. La lucha entre las dos opiniones duró tres días, hasta que los demás miembros del Comité central, que viven en los alrededores de Moscú o en la provincia, se enteraron de las cosas y se presentaron ante las puertas cerradas donde se reunía el fragmentario Presidium, pidiendo una reunión completa del Comité central. Esta actitud provocó la reacción de Kaganovich y de otro partidario de las cuatro, los cuales afirmaron que tal actitud, por parte de los miembros del Comité central, indicaba una falta de confianza en el Presidium. Se llegó, sin embargo, a la conclusión de que el Presidium es el que es responsable ante el Comité central, y no al contrario, y esta conclusión marcó el principio del fin para los cuatro rebeldes. Los demás miembros del Comité central fueron admitidos en la sala de reunión y los debates empezaron el día 22 de junio. Durante los siete u ocho días de la reunión hicieron uso de la palabra 225 miembros del Comité central. Ninguno de ellos apoyó el punto de vista de los cuatro. Molotov, Malenkov, Kaganovich y Chepilov se quedaron aislados y, ante tal situación, formularon el deseo de que el Comité central no tuviera en cuenta sus proposiciones. Pero varios representantes del partido pidieron la exclusión de los cuatro del Presidium y hasta del Partido. El golpe planeado por Molotov y, según parece, organizado por Malenkov, había fallado.

Los argumentos utilizados por las dos facciones durante los debates de

la dramática reunión, han sido tanto de orden político como económico y aparecen como igualmente fundados. La facción Molotov-Malenkov-Kaganovich acusó a Kruschev de oportunismo y dilentantismo y fué Malenkov el que presentó un nuevo plan económico destinado a mejorar la desastrosa situación económica del país. Malenkov pidió el regreso hacia la política que él mismo había patrocinado durante los años en que estuvo en el poder, es decir, la mejora del nivel de vida, o sea el desarrollo de la industria liviana o casera y la revisión de las reformas realizadas por Kruschev, que na habían hecho más que fortalecer a la burocracia y precipitar al país en el caos económico. Saburov, el antiguo jefe de la planificación, apoyó a Malenkov.

Resulta evidente que los argumentos de los cuatro estaban bien fundamentados, pero también la argumentación de la facción victoriosa aparece sólidamente confirmada por los hechos. En efecto, los partidarios de Kruschev sostuvieron los siguientes puntos de vista:

1.º El hecho de que la política de la U. R. S. S. había apoyado al grupo stalinista de Natolin en Polonia, según la táctica impuesta por los «conservadores», es decir, por el grupo de Molotov, había desencadenado la conocida crisis polaca y había fortalecido la posición de Gomulka y de los comunistas nacionales.

2.º La campaña en contra de Tito, también apoyada por los «conservadores», había terminado con un completo fracaso.

3.º La política de los «conservadores» había alejado cada vez más al Partido de la línea indicada por Kruschev en el XX congreso del partido y había provocado un visible estancamiento en el desarrollo de los temas del marxismo. El comunismo ha salido perdiendo, en los últimos tiempos, debido a esta actitud conservadora.

4.º El comunismo chino se ha alejado de la línea clásica del marxismo y se está imponiendo en el mundo, en la medida en que el marxismo se ha desviado de su curso debido a la intervención de los «conservadores».

5.º También el informe de la comisión de la O. N. U. con respecto a los acontecimientos de Hungría parece haber sido utilizado por la facción Kruschev en contra del grupo Molotov-Malenkov.

Comentando estos argumentos, la prensa suiza y en especial el periódico *Neue Zürcher Zeitung* afirma que la caída de la vieja guardia significa el fin de la fórmula colectiva de gobierno y el principio de una nueva dictadura personal, o sea un retorno hacia la táctica de Stalin. Nosotros no compartimos esta opinión. Stalin hubiera liquidado a sus adversarios y Kruschev

lo hubiera hecho también si la situación política en Rusia hubiera sido la misma que en 1938. Sin embargo, después de la muerte de Stalin la situación ha cambiado mucho. Ninguna dictadura de tipo staliniano es ya posible, ni en Rusia, ni en otro país comunista. Los pueblos, todos los pueblos del mundo, aspiran a la libertad y, tarde o temprano, las dictaduras comunistas tendrán que renunciar a su sistema, traicionar los principios del marxismo-leninismo y democratizarse. El gesto de los húngaros y de los polacos, el descontento y el espíritu de rebelión manifestado últimamente por los estudiantes, los intelectuales y los obreros, dentro de la misma Rusia, indican una evolución hacia el liberalismo *a pesar del deseo de los gobernantes comunistas de mantenerse en la línea clásica del sistema*. Krushev se ha dado cuenta de esto y su política consiste en encontrar una fórmula valedera para hacer coincidir los anhelos de los pueblos sometidos a la dictadura comunista con lo que se puede salvar de la doctrina marxista. Reconocemos que será muy difícil encontrar esta fórmula sin dar al traste con el marxismo y con el leninismo, cuya única posibilidad de salvación consiste en conservar los principios y la técnica de gobierno deseada por el viejo Molotov y por los últimos sobrevivientes del stalinismo. El dilema es trágico: si el partido comunista sigue en la línea Molotov y decide continuar la férrea dictadura inaugurada por Lenin y heredada por Stalin, se llegará muy pronto, en el marco mismo de las fronteras rusas, a actos de rebeldía iguales a los de Hungría; si el sistema cambia y se adoptan medidas de tipo liberal, como la patrocinada por Krushev con respecto a los agricultores, se llegará a un retorno a la economía de tipo liberal capitalista y a la separación, en un primer momento titista o gomulkiana, de los satélites y a la evolución de Rusia hacia un tipo de Estado dentro del cual todas las sorpresas serán posibles, hasta la de unas elecciones libres de las que el partido comunista es dudoso que saliera vencedor.

Llegamos, pues, a la segunda fase de nuestra argumentación. La promesa hecha por Krushev a los agricultores implica una renuncia total a uno de los principios base del marxismo: el de la propiedad colectiva.

¿Cuál es el sentido de la promesa de Krushev? Todos, o teóricamente todos los campesinos pertenecientes al *koljoz*, poseen media hectárea de tierra de propiedad personal, una huerta o pequeño terreno situado en general cerca de su casa. Cada *koljosiano* tenía el derecho de cultivarla a su antojo, pero el producto de este trabajo libre tenía que ser vendido junto con el del *koljoz*. Esto quiere decir que el campesino podía cultivar manzanas o calabazas y criar gallinas o cerdos, de los que consumía lo que le hacía falta

para él y su familia, pero lo que le sobraba tenía que entregarlo al *koljoz*, como si se tratara del producto de la granja colectiva. Desde 1958, según ha prometido Krushev, el campesino podrá vender en el mercado libre cualquier producto realizado en su media hectárea, igual que un campesino capitalista. La medida, si es que la promesa se llega a cumplir, representa un acto antirrevolucionario, dirigido en contra de la substancia marxista del régimen, y podrá ser tachado como tal por cualquier nuevo Kautzky.

Como es sabido, Marx estaba en contra de la pequeña propiedad agrícola, a la que consideraba como antieconómica en el marco del progreso técnico. Lenín, guiado por su instinto político, se desvió del pensamiento del maestro y, para atraerse a los campesinos, permitió la existencia de los *kulaks*, y, después de liquidar los latifundios, dió posibilidad de desarrollo a la pequeña propiedad agrícola. Lenín empujó a los campesinos a apoderarse de los latifundios y a distribuirse la tierra y empujó luego a los que poseían poco en contra de los que poseían más, creando el problema de los *kulaks*, aprovechándose de los conflictos creados en el mismo seno de la clase campesina. Fué Kautzky el que le acusó de «revisionismo», por haber modificado el «talmud» marxista. Los partidarios de Kautzky fueron eliminados y liquidados según la práctica que Lenín usó igual que su sucesor. Trotzky afirmó en cambio que el miedo a la colectivización reunirá en un solo frente a los pequeños y grandes propietarios de tierra, lo que se averiguó como exacto y dió a Stalin la ocasión de manifestar sus calidades recurriendo a la NEP y a la feroz matanza de campesinos. Desde entonces el comunismo ruso se comportó, en este sentido, según la enseñanza de Marx, y la única concesión que otorgó a los sobrevivientes fué aquel pedazo de huerta al que hoy recurre Krushev para salvar su facción, pecando sin embargo por antimarxista.

Según una estadística recientemente realizada por un economista perteneciente a un país «satélite», la huerta individual rendía proporcionalmente cuatro veces más que la propiedad colectiva. A pesar de que el campesino no podía ocuparse de ella más que en las horas libres, muy pocas, de las que disponía, cultivaba con tanto cariño su tierra individual, que lograba hacerla equivaler a dos hectáreas del *koljoz*. Y esto lo hacía sabiendo de antemano que la mayor parte de sus productos iban a ser entregados al *koljoz*. Imaginemos el amor con que la cuidará ahora cuando sabe que todo el producto le pertenecerá y que podrá comportarse igual que un «farmer» norteamericano. Un hecho importante sucederá desde 1958 en el campo ruso. Millones de propietarios rurales empezarán a pensar como propietarios y a comportarse como tales. El gesto de Krushev desencadena de repente fuerzas oscu-

JUAN DACIO

ras, cuya repercusión nadie puede calcular todavía, igual que el año pasado, cuando, durante los trabajos del XX congreso del partido, ofrecía al mundo de los oprimidos las bases de la rebelión, en Polonia y en Hungría, y, con la desestalinización, provocaba los movimientos interiores, los «tiempos revueltos» como diría Toynbee, en el interior del imperio universal soviético.

JUAN DACIO.